

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2024, Carmela Trujillo, por el texto
© 2024, David Granados Niubó, por las ilustraciones
© 2024, Editorial Casals, S. A., por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2024
ISBN: 978-84-8343-971-5
Depósito legal: B-267-2024
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este
libro procede de bosques gestionados de
manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/
93 272 04 45).

Mihail Constantin vive con su madre en el número 19 de la plaza del Paraíso. En el cuarto derecha. Tiene once años y vino de Rumanía a principios de curso.

Es un niño raro, dicen los que le conocen. Los que *creen* conocerlo. Vamos, los que no le conocen de nada. Callado, eso dicen, también.

¿Triste? Sí, incluso algo triste, opinan unos cuantos. Pero no, no lo es.

Mihail, simplemente, echa de menos la otra vida, la que tenía en Rumanía. Echa de menos a todos sus amigos. A sus primos. A su única tía.

¿A su padre? No, a su padre no. Pero sobre este tema no quiere hablar. Nunca habla de esto con nadie.



–**¡Por fin vacaciones!** –exclama Mihail, a punto de salir del aula con su mochila al hombro y, entre sus brazos, los trabajos escolares que ha realizado el último semestre.

No se despide de nadie porque nadie se ha dado cuenta de que está allí dentro y de que está a punto de salir. Sigue siendo un niño invisible (así se siente él). Desde que está en España, es un fantasma (eso cree, también). Solo la tutora lo ve. Antes de que salga por la puerta, lo llama:

–Mihail, recuerda que la semana que viene tienes que venir con tu madre a recoger las notas.

–Sí, señorita Elena.

–Que tengas un feliz verano. –Y le sonrío mientras se acerca a él y le pone la mano en el hombro.

Uf, menos mal. No, no es un fantasma. Y respira aliviado.

–Gracias.

Y sí, Mihail comienza a tener un verano feliz. Más o menos, porque le gustaría que fuera de otra manera. Le gustaría ir a la playa, por ejemplo. Jugar a la Play (él no tiene) o, simplemente, bajar a la plaza a... No sabe a qué, a lo que sea, pero con alguien.

Le gustaría hacer las cosas normales y corrientes que hacen todos sus compañeros.

Desde hace tres semanas, Mihail repite cada día lo de «¡por fin vacaciones!». Se levanta tarde, lee sin parar, monta Legos y luego los vuelve a desmontar. Se ocupa de la casa mientras su madre trabaja. Lava la ropa, la plancha (o no, depende), hace la comida, y siempre tiene una lista para ir a comprar a la tienda. Es la única vez que sale de casa.

Bueno, también sale cuando va a la biblioteca.

–¿Otra vez aquí? –le pregunta la bibliotecaria, con una gran sonrisa.

Se lo pregunta con alegría y eso le gusta a Mihail.

También le gusta que la bibliotecaria le guarde los cómics de Astérix y los de Agus y los monstruos. Se los lleva prestados. Los devuelve al cabo de un par de días.

Pero a pesar de todo, echa de menos tener un amigo. O dos. Tres. Vale, con cuatro estaría aún mejor.

Lo que Mihail no sabe es que están a punto de sucederle una serie de hechos encadenados que cambiarán totalmente su vida.

Y solo serán necesarios tres días para conseguirlo.

El vecino de abajo de Mihail se llama Pepe Martínez. Vive en el tercero derecha. Mihail apenas lo conoce. Si lo conociera, sabría que repara vehículos desde los dieciséis años. Y que ya tiene treinta y ocho.

Es un hombre solitario, que vive rodeado de libros, porque, como de joven fue un mal estudiante, ahora, de mayor, no quiere quedarse atrás en nada. Eso se dice a sí mismo, pero no se lo dice a los demás. No quiere:

- a) Que piensen que sabe más que ellos.
- b) Que crean que va de listo.

Así, sus compañeros del taller y todos sus vecinos opinan que es un hombre solitario, porque sale poco.

Un hombre muy serio, porque apenas sonrío.

Algunos dicen que también es un gruñón, porque en ocasiones se enfada (a veces, por tonterías). Esto, sobre todo, lo dice su hermana.

Pepe vive solo, aunque piensa que no lo está, porque le rodean los personajes que habitan en las novelas que lee.

Y no, no es cierto que sea serio, o triste, porque en verdad se ríe, y mucho, con las comedias.

También llora, y mucho, con los dramas literarios.

Y pasa miedo con según qué libros.

Por eso, porque ríe, llora y pasa miedo, él cree que es una persona normal y corriente.

De vez en cuando, después de comer y antes de volver al taller, Pepe mira un concurso en la televisión. Uno de esos de preguntas y respuestas. Y las acierta casi todas. ¡A veces, todas! Y cuando eso ocurre, se va contento al taller, con una sonrisa de oreja a oreja. Entonces, sus compañeros, en broma, exclaman:

—¡Pepe! ¡No me digas que te has enamorado!

—¿Por qué? —pregunta él, sin saber que va a caer en una trampa.

—¡Por la sonrisa, hombre, por esa sonrisa boba que llevas en la cara!

—¿Bobo? ¿Me has llamado bobo?

Y, entonces, Pepe se enfada con ellos.

Cae en su trampa: quieren verlo enojado, quieren que se ponga rojo, que diga cosas de las que luego se arrepentirá. Y, claro, Pepe acaba gritando. Acaba dejando que las palabras salgan por su boca sin ningún control.

Por eso la gente opina que las palabras son tan poderosas que pueden romper un corazón. Y Pepe rompía los corazones de todos los que le rodeaban. Vale, no lo hacía con esa intención. Él no decía, por ejemplo: «Voy a romperle el corazón a mi vecina de arriba, la del cuarto derecha».

Pero se lo rompió aquel día que ella le mojó la ropa que había dejado en el tendedero. Pepe subió a quejarse y le dijo a la vecina cosas muy desagradables. Tanto, que a la pobre mujer se le quedó el corazón arrugadito. Tan arrugado como una de esas cerezas que se dejan mucho tiempo fuera de la nevera.

Desde ese día, Mihail le odia. Porque esa vecina era su madre.



A veces, Pepe recibe la visita de su hermana y de su sobrino. Cuando este coge uno de sus libros, Pepe le dice:

–No toques eso, Rafa.

–¿Por qué? –pregunta el niño, que solo tiene cinco años, y ya sabemos que los niños de cinco años, cuando comienzan a preguntar *¿por qué?*, no van a parar.

–Porque no –le responde Pepe, quitándole el libro de las manos.

Es un volumen que pesa como un ladrillo. Una novela de esas antiguas, de caballerías. La compró en el mercado de segunda mano hace siglos. Puede que sea *El Quijote*, porque tiene unas tapas preciosas de color blanco en las que hay molinos de color negro. Quizá

por eso le ha llamado la atención a Rafa, su sobrino. El niño suspira y pasa sus pequeñas manos por todos los lomos que llenan la gran estantería de su tío Pepe.

Esa gran estantería va de un extremo a otro de la pared. Hay 749 libros en total. Y en lo alto está su colección de latas (vacías) de refrescos y cervezas. Pepe las expone como si fuera un puesto de feria. Uno de esos para jugar a la puntería: lanzas una bola para tirar toda una hilera de objetos. Cuando se caen, te llevas un premio.

–Ni se te ocurra tocarlo –le repite su tío Pepe cuando ve que Rafa toquetea un libro sobre jardines.

–¿Este tampoco? –pregunta, lloroso, el niño.

–No. –Y se lo quita para colocarlo en su sitio.

–¿Por qué no?

–Pues porque no.

–Pero, pero ¿por qué? –insiste Rafa–. ¡Hay flores!

–¡Que no! Es uno de jardinería y tú no eres jardinero.

–¿Y este? –Y el niño mira la portada y luego lo abre por en medio. El libro cruje y a Pepe se le saltan los ojos–. Este tiene... ¡Tiene tanques! ¡Mira!

–¡Que no seas pesado, Rafaelín! –exclama con la voz ya elevada, y coloca en la repisa ese volumen sobre la Segunda Guerra Mundial.

–Pero, tío Pepe, ¿por qué no?

–¡Porque he dicho que no y es que no! –Y le quita otro, uno enorme con fotografías de desiertos.

–¡Pero ese me gusta mucho! –lloriquea Rafa–.
¡Tiene fotos muy chulas!

Y Pepe le dice, muy colorado, ya entrando en un enfado enorme:

- a) Que las cosas no se tocan sin permiso.
- b) Que nunca le dará permiso para tocarlas.
- c) Que no se le ocurra volver a hacerlo.
- d) Que está muy mal educado.
- e) Que...

Pero al llegar a la letra *e*, la hermana de Pepe ya ha cogido a su hijo de la mano. Arrastrándolo hacia la puerta de la calle, le grita a su hermano:

–Pepe, no hay quien te aguante. ¡Ahí te quedas!

–¡Pues hale, vete! –grita, aún más, Pepe.

Es como si estuvieran participando en un concurso de aullidos.

–¿Y sabes qué? ¡Ladras! –añade su hermana, con la mano apoyada en la cintura y señalándole con el dedo. Parece un jarrón.

–Pero ¡qué dices! ¿Cómo que ladro?

–No tienes tacto para hablar con un niño. –Señala a su hijo–. ¡Ni con nadie! ¡No eres nada amable y te quedarás solo toda la vida!

Pepe se queda con la boca abierta.

–¿Acaso no te das cuenta del daño que hacen tus palabras? –continúa ella.

Y justo antes de dar un portazo, su hermana lo mira por encima del hombro y añade:

–Ah, y a ver si arreglas un poquito tu casa. Los libros están muy bien colocados, sí, pero ¿qué pasa con el montón de cajas hay en el suelo? ¿No te das cuenta del desorden? ¡Vives en una pocilga!

Cuando la hermana de Pepe se va, la casa se queda en silencio. Un silencio enorme que le golpea en los oídos.

Uf, qué daño.

El primer día de verano que cambia la vida de Mihail es el sábado 29 de julio, a las diez de la mañana. El termómetro marca una temperatura imposible de decir sin sentir un calor inmenso.

En los noticieros no hacen más que repetir lo de la ola de calor.

Ya, ya, qué pesados, piensa Mihail.

Y en la tele entrevistan a todo tipo de personas que hablan de las altas temperaturas. Baja el volumen: su madre está durmiendo tras pasarse toda la noche limpiando unas oficinas. Si encontrara más casas para limpiar por las mañanas, dejaría ese trabajo nocturno.

Sería genial. Para ambos.

Aunque lo mejor, lo mejor, sería que pudiera vol-